

*Discurso del Doctorando*  
*D. Emilio García Gómez*



El Doctorando pronunciando el discurso de gratitud.

Por fortuna, en las Universidades y en las Academias los discursos no se pronuncian, sino que previamente se escriben para después leerlos. Digo que por fortuna porque si ya —al empezar a escribir este mío— me siento azogado y nervioso, qué no sería si tuviera que improvisarlo. No daría pie con bola. Por eso voy a apresurarme a deciros a borbotones la gratitud que me anega, no sólo por la grande e inmerecida honra que me dispensáis al conferirme el doctorado honoris causa de vuestra célebre Universidad, sino además porque una alianza de vuestra generosidad con la extraordinaria benevolencia del Cabildo de esta insigne iglesia Catedral ha permitido que la investidura tenga lugar en las naves mismas de la Mezquita de Córdoba.

No de joven, sino ya de viejo; no hace años, sino pocos meses ha, si alguien me hubiese augurado que tal cosa iba un día a suceder, me habría tenido por orate. Y, sin embargo, sin explicarme bien cómo, porque jamás uno puede medir la generosidad ajena, aquí estoy diría «como soñando», y aún así sería exagerar, pues ni siquiera mis sueños han levantado nunca tanto el vuelo.

En esta fantasmagoría, aunque me reconozco a mil leguas de un príncipe de Polonia, no puedo evitar que me venga a la memoria los versos de Segismundo, cuando despertó en palacio, habiéndose acostado en su antro peñascoso: «Decidme, ¿qué pudo ser / esto que a mi fantasía / sucedió mientras dormía, / que aquí me he llegado a ver?».

Sirvan estos versos calderonianos de tabla de náufrago en mi mar de confusiones, porque habéis de reconocer —señores— ser tan delicada mi situación que, pese a mi humildad, nada habría tan injusto como acusaros de que cometiéis conmigo la más maravillosa de las injusticias.

\* \* \*

La modesta persona a la que premiáis de tan singular manera no cree tener más merito que haber sido un eslabón —si queréis largo en años— en una cadena de estudiosos con especiales matices sobre la dominación musulmana en España: los «Beni Codera». En un acto de la misma índole que éste, cuando la Universidad de Granada me confirió su doctorado honoris causa el año 1975, exactamente el mismo día en que mi cumpleaños me jubilaba como profesor universitario —cargo que precisamente inicié en aquella Casa—, tracé una brevísima historia de mi trayectoria como arabista. Aunque no voy a reiterarla aquí, no tendré otro remedio que insistir sobre algunos puntos que creo esenciales.

A Codera no pude conocerlo y lo venero siempre en la distancia. No era poca tampoco la que me separaba de mis maestros directos, Ribera y Asín, aunque a éstos, sobre todo al último, sí los traté íntimamente. La primera lejanía era la de la edad (Ribera me llevaba 47 años y Asín 34), y la segunda, la de la genialidad, que ellos tuvieron y a la que yo no he podido aspirar nunca. Aún podría añadir la de las respectivas especialidades; pero aquí la diversificación casi venía impuesta por la tradición misma de nuestra escuela. Además, a la larga, por la fuerza misma de las cosas, he acabado por empalmar con Ribera mucho más de lo que nunca habría imaginado.

La diferencia de años trajo consigo varias «circunstancias históricas», influidas —¿cómo no?— por lo que, en nuestro desconocimiento de lo providencialmente previsto, solemos llamar «azar». Esa desconocida ley del albur fue la que, estrechamente unida a mis maestros y siempre asistido por ellos, me permitió llevar a cabo empresas que ellos soñaron, que el Destino no les consintió realizar más que en tentativas, y que a mí se me vinieron a las manos. Mirando al pasado —cosa que no hago con exceso— me río a veces de haber sido «fundador **malgré moi**», siendo así que siempre me he tenido por falto de cualquiera dote administrativa.

Otras «circunstancias», en la aceleración vertiginosa de nuestros tiempos, tardaron relativamente poco en cambiar el arabismo universal y, por supuesto, con características especiales, el nuestro español. Tales mudanzas, irremediables e irreversibles, que en España afectaron a todos y a todo, las pude ver venir, me dejé llevar por ellas algún tiempo, y después —según la vieja fórmula de la prudencia— me quedé atrás. La lealtad, cuyo núcleo es la firmeza de convicción, me ha hecho siempre estar quedo, en ciencia y en otras cosas, y no poco me ha divertido ver girar a las gentes en torno mío y oirme llamado primero innovador y después rutinario.

\* \* \*

El título más seguro, aunque modesto, que puedo presentar para la estima de mis conciudadanos es el haber regido con responsabilidad (mientras pudo haberla, pues aquí ha sido forzoso rendirse a las nuevas circunstancias) la revista *Al-Andalus*, de la que salieron 43 volúmenes. No voy a repetir lo que en otros sitios he escrito sobre el subterráneo trabajo anónimo que en esos tomos he enterrado, con esfuerzo y al mismo tiempo con placer, junto con mis compañeros. Era como remar en una galera donde, por extrañísima paradoja, los galeotes fuéramos felices. Y es que, en el fondo, la felicidad humana es una cigüeña que puede anidar posándose en el campanario que menos se piensa.

La necesidad de remontar la cometa y de mantenerla en alto, con darle hilo o recogerlo, teniéndolo tenso, obliga a estar alerta a todos los soplidos del viento y a no desdeñar ninguno. Una revista no se hace por mera juxtaposición mecánica. Hay que olfatear las novedades, hacer escribir de todo, y escribir de todo uno mismo. Si los que se dedican a sacar faltas —que, muchas veces, en vez de señalar las que se tienen, buscan las que no existen— me acusaran de monacorde, podrían ver que en *Al-Andalus* me he visto precisado a

hablar hasta de agricultura y de epigrafía. Lo que ocurre es que nadie puede saber de todo y, además, en ciencia, cada cual es libérrimo para vacar a lo que le guste o mejor casa con su inclinación intransferible. Nunca me he explicado que a un investigador, en vez de agradecersele no haber hollado los campos que a otros apetece, se le acuse de no haberlos ocupado.

Por mi parte, yo siempre he estado reconocido a quienes me precedieron por haberme dejado poco menos que expedito el camino de la poesía arábigo-andaluza, que es el que íntimamente más me ha deleitado y al cual he consagrado la mayor parte de mi humilde actividad. Repetiré —porque no veo manera de eludirlo— que el propósito que siempre me guió, aunque no lo haya conseguido, fue el de elaborar literariamente los temas literarios, del mismo modo que se dice que las cosas santas han de ser santamente tratadas (*sancta sancte tractanda*). Al hacerlo, no sólo creo haber ventilado la erudición, sino también haber desfogado una vocación literaria, más o menos soterraña, que acabó por brotar en algunos de mis libritos y que a temporadas, como ahora, sale a relucir en los periódicos. Entre unas cosas y otras, tal vez he ido hilvanando una especie de idea de Andalucía que mi padrino, nuevo Decano mío a partir de hoy en esta Facultad y querido amigo, don José María Cuenca Toribio, ha comentado con su brillante pluma tan elogiosamente, que siempre le digo cuánto desearía que fuera cierto lo que sostiene.

No por sabido deja de ser curioso que muchas veces son las cosas más frágiles las que más duran. Si no fuese por la cerámica, de suyo tan quebradiza y deleznable, los tratados de Arqueología más remota verían mutiladas tres cuartas partes de su volumen. Lo digo porque, cuando ayudado por mil imprevisibles azares, publiqué en 1928 el primer esbozo de mi librito *Poemas arábigo-andaluces*, hace la friolera de cincuenta y cinco años, no podría haber imaginado que tan diminuto artilugio iba a alcanzar incesantes ediciones; a aficionar a la lírica musulmana de Andalucía a varias generaciones, y a sobrevivir con

inesperada lozanía a tantas cosas de mayor entidad y más sólidas, empezando por la propia revista *Al-Andalus*.

\* \* \*

Fue esta poesía la que me acercó a Córdoba. No se trata del **Libro de las banderas** (cuyo manuscrito edité íntegramente luego), base de mis **Poemas arábigoandaluces**, porque su autor, Ben Sa'íd, era de una gran familia de Alcalá la Real y lo escribió en el exilio de Oriente. Se trata de los **Poemas** mismos. Un año después de la selección en la «Revista de Occidente» y un año antes de su aparición como libro en la editorial «Plutarco», di aquí en Córdoba una versión fragmentaria en forma de conferencia, bajo el título **Poetas musulmanes cordobeses**, el año 1929, dentro del ciclo organizado por la Real Academia de esta ciudad con motivo del Milenario del Califato.

Esta conferencia marcó un jalón en mi vida. Fue la primera vez que me asomé a Andalucía, alargando el viaje hasta Sevilla (a Granada no había de ir, como Catedrático, hasta 1930). Gracias a mi lectura hice gran amistad con el organizador de las conmemoraciones, el incansable, entusiasta e ilustre estudioso de la Córdoba musulmana, don Rafael Castejón, con cuya relación me he honrado siempre. También conocí entonces, para toda la vida, al eminente arquitecto y erudito don Félix Hernández, de venerada memoria, cuyo elogio tuve el orgullo de oír, además de leerlo en sus libros, de boca de Creswell, la máxima autoridad mundial en la historia de la arquitectura musulmana. Y aquí conocí — entonces, casi un niño — a otro amigo perdurable, don Manuel Ocaña Jiménez, a quien el inolvidable Torres Balbás y yo llevamos primero a Granada y luego a Madrid y con quien he trabajado tantas horas, pero que al cabo sintió la indeseable llamada de la patria chica y sigue con brillantez su labor entre vosotros.

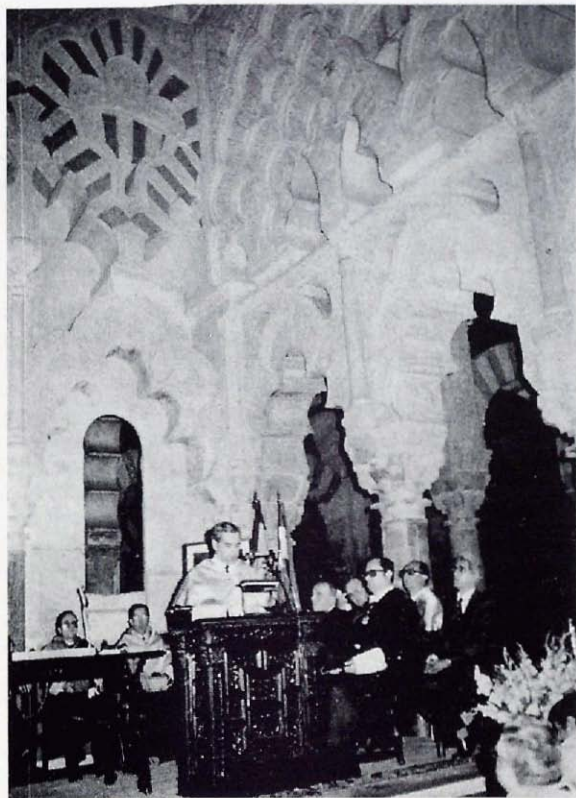
Luego fue la fuerza misma de las cosas la que me hizo vivir espiritualmente por mucho tiempo en esta ciudad, tanto al traducir **El Collar de la Palma** de Ben Hazm, gloria suprema del Islam andaluz, y a Ben Suhayd, intelectual maravilloso (del cual siguen inéditas mis versiones), como al editar e interpretar, por primera vez completo, el **Diván** de Ben Quzman, el zejelero cordobés e universal, en quien Ribera vio con razón una de las claves de la métrica general de la Edad Media,

Mis incursiones históricas, por no sé qué extraño magnetismo, quedaron también casi todas confinadas en la Córdoba califal. Bastaría citar, entre mis estudios breves, **La trayectoria omeya y la civilización de Córdoba** y **Algunas precisiones sobre la ruina de la Córdoba omeya**, y, entre los libros, la publicación de **Una crónica anónima de 'Abd al-Rahman III al-Nasir** (en colaboración con mi gran amigo Lévi-Provençal), y, sobre todo, los **Anales palatinos del Califa de Córdoba al-Hakam II**, por 'Isà ibn Ahmed al-Razi, que es, con mucho, para cuatro años del siglo X, la más minuciosa y fresca pintura que existe de la Córdoba del Califato.

\* \* \*

Es hora de decirlo una vez más. No se trata sólo, en el ámbito universal, de que Córdoba fuera la más populosa, noble y célebre metrópoli del Occidente, sin otras rivales que las orientales Constantinopla y Bagdad. Es mucho más. Sin Córdoba, no habría acaecido de milagro la dinastía omeya, y, sin la dinastía omeya, la España musulmana habría probablemente dejado de existir muy pronto. Fue la dinastía omeya, con su «tradicción siria» y con sus vínculos, patentes o subyacentes, romanos y bizantinos, la que osificó la columna vertebral de al-Andalus. Mientras vivió, fue la plenitud deslumbrante; cuando cayó fue la nostalgia infinita.





El Sr. Secretario General de la Universidad, Prof. G. Gómez-Heras,  
da lectura al nombramiento.

Los Reyes de Taifas copiaron sus instituciones, con arrequives 'abbasfes: quisieron ser microscópicas Córdoba, y fueron a la vez microscópicas Bagdad. Todos pretendieron apoderarse de Córdoba, y ninguno en ella subsistió. Lógicamente, las dominaciones afro-beréberes, que aquí entraron por anomalía histórica, no la entendieron y la dieron de lado, perdiéndola y perdiéndose. Cuando la epilgal y deliciosa Granada nazarí se defendía, a la vez heroica y maquiavélica, todavía basaba su armazón, ya teórica, en el periclitado modelo de la tradición cordobesa. Córdoba, ya remota, era un obsesivo recuerdo.

La ciudad sigue siendo un pegajoso imán del que no puede uno separarse. En esta época nuestra, en la cual paradójicamente los pueblos tienden al par a unirse y a disgregarse, Córdoba no se separa, porque ya lo está con sólo su supremo desdén —«Córdoba, lejana y sola»—; pero da, desde lejos, su lección suprema de unidad. Córdoba es, al mismo tiempo, localista y cosmopolita, campesina y señorial, serrana y llanera, una chispita manchega y casi del todo andaluza, «romana y mora», pero con una romanidad medio tartesia y una morisma con algo de bizantina. Sin formar por abajo escuela, como la «sevillana», sus poetas se entrelazan en lo alto con misteriosas analogías: Séneca y Lucano con Ben Hazm y Ben Zaydun, y éstos con Juan de Mena y Góngora. Cuando el Califato omeya estaba a pique de vacilar, asomaba en Córdoba una generación literaria medio europea, como siglo y medio antes, gracias a la política omeya, pudieron nacer las moaxajas, emblema de la más estupenda de las simbiosis culturales, en nuestro caso árabo-romance, que han surgido en el orbe. Ya tardíamente, Ben Quzman, el gran zejeler, pese a su cascarrilla de picaresca frivolidad, es uno de los más conscientes y profundos cimentadores de la unidad de la poesía lírica popular del Occidente. No hay en el mundo una síntesis monumental (recogida en un precioso grabado de Roberts, que siempre me gusta tener ante mis ojos) parecida a ésta en que nos encontramos: los molinos, el Betis, la puente romana, la Mezquita, la Casa del Obispo que

fue el Alcázar califal, el arco dórico de Felipe II y el barroco Triunfo de San Rafael. ¡Lo que llamamos España!

De algo de esto hablé en el corto prefacio a un libro sobre Córdoba. Concluía, basándose en otro pasaje lorquiano: «Pero Córdoba no tiembla / bajo el misterio confuso, / pues si la sombra levanta / la arquitectura del humo / un pie de mármol afirma / su casto fulgor enjuto». Sí; entre el «humo» de la leyenda, para fijar la identidad de Córdoba, tenemos un «mármol» tangible: el de las columnas de la Mezquita.

\* \* \*

De las tres grandes capitales de que hablábamos, Bagdad, tierra de adobes, es monumentalmente un erial físico. Las otras dos, no. Constantinopla (Bizancio) conserva Santa Sofía; Córdoba guarda su Mezquita. Son dos maravillosos templos que, al par, difieren y se emparejan. Difieren en que Santa Sofía es vertical: altura y volumen de aire, mientras la Mezquita cordobesa es horizontal: anchura y espacio en compartimentos. No es lugar ni hay tiempo para llegar adonde nos llevarían tales divergencias de estructura. Vengamos a las semejanzas. Son las más llamativas su idéntica importancia en las religiones para las que uno y otro santuario fueron fundados, y el que los dos cambiaron de signo. Esta última circunstancia no es para mí problema. Siempre he pensado que monumentos y ciudades viven y cambian, como cambian y viven los seres humanos y que sus transformaciones y existencias deben ser respetadas. No hay vuelta atrás en la historia.

La existencia de la Mezquita Aljama de Córdoba ha sido muy complicada, y aunque muchos de sus problemas hayan quedado ya resueltos, ni mucho menos lo están todos. Pronto va a celebrar sus 1.200 años, y será ocasión de volver a hablar de ella. Había pensado hacerlo en este acto, cuando aún no

sabía que iba a tener lugar en las mismas naves del templo. Luego —abrumado— cambié de propósito. Hablar de la mezquita dentro de ella misma, parecería en mí una atrevida profanación. Vale más imbuirse de su atmósfera y gozar de su encanto, que trasciende y en estos momentos nos empapa.

\* \* \*

Prometí, sin embargo, hablar de un hecho memorable acaecido dentro de estos muros y voy a hacerlo brevemente, porque ya estoy agotando el tiempo razonable de mi intervención.

Acaeció ese suceso el 2 de diciembre de 1023 de nuestra era (16 ramadan del año 414 de la hégira), y consistió en la elección democrática del antepenúltimo califa omeya, 'Abd al-Rahman V Mustazhir. La importancia del acontecimiento radica en dos motivos: la singularidad del procedimiento electoral dentro de la dinastía omeya (pues, aunque fuera el legítimo, siempre había prevalecido, en circunstancias normales, la pura sucesión hereditaria), y el que ese acto fuera el agotamiento de las posibilidades de subsistencia del Califato (los dos últimos califas, Muktafi y Mu'tadd apenas merecieron el nombre).

Mustazhir era un jovencuelo brillante, biznieto de 'Abd al-Rahman III, a través de 'Abd al-Yabbar (su abuelo) y Hisam (su padre). Tenía poquísimos años más de veinte. Formaba parte del grupo literario más selecto de Córdoba. Era poeta distinguido y uno de los secuaces de la teoría del amor que ahora llamamos «cortés» (el definido en **El Collar de la Paloma**). Estaba enamorado de una de sus primas, la princesa omeya Habiba, que le era negada por la madre de ésta. Voy a traducir para ustedes en endecasílabos una de las poesías que le dedicó, porque creo es la que menos puede disonar en este recinto:

¡Salud a la que, avara de su lengua,  
ni siquiera se digna contestarme!  
¡Salud a la que tensa el arco, y nunca  
marró mi corazón con crueles dardos!  
Vive en mí quien se niega hasta a enviarme  
la imagen que mis sueños consolara.  
¿No soy, oh dulce nombre, un caballero  
que ha tiempo por tu amor perdió su juicio;  
que te es fiel y que cumple sus promesas,  
cuando nadie es leal a lo que pacta?  
Si estos versos te mando, es porque espero  
que tan largo desdén amor se torne,  
y cruces tu mirada con la mía,  
desatando estas redes en que vivo.  
¡Que Dios te salve anhela quien te envía  
saludos que tal vez mi mal acrezcan!

Para la elección de califa, decidida in extremis por la aristocracia cordobesa, había tres candidatos, todos parientes: Sulayman, hijo de 'Abd al-Rahman IV Murtadâ; Muhammad ben Hisam Iragi, y nuestro Mustazhir. El favorito era el primero, hasta el punto de que el secretario y gran poeta Ben Burd tenía ya redactado en su favor el pergamino de investidura; pero la entrada en esta Mezquita de Mustazhir, radiante de juventud y bien acompañado, fue tan clamorosa, que resultó proclamado en el acto, y hubo que raspar el pergamino para poner su nombre.

El nuevo califa eligió como visires a sus jóvenes colegas, los mejores literatos de Córdoba: Ben Suhayd, Ben al-Mugira, Ben Hazm, el autor de **El Collar de la Paloma**. Pero lo cierto es que, haciendo buena la opinión de Platón sobre los poetas en el gobierno de la República, su reinado duró sólo cuarenta y seis



Imposición del Birrete al Doctorando por el Sr. Rector Mgfo.

días, hasta el 17 de enero de 1024 (3 du-l-qa'da 414). ¿Inexperiencia, frente a una situación ya difícil y cada vez con menos salidas?. Probablemente. Los cargos acumulados contra él no son muy válidos: si impuso tributos, es porque halló el Tesoro exhausto; si aceptó los servicios de un batallón de beréberes que vino a ofrecérsele, fue porque carecía de soldados. La verdad es que lo abandonaron todos, incluso sus visires, y que fue asesinado medio desnudo y tiznado de negro, por haber estado escondido en la carbonera del baño.

Su muerte —ya lo he dicho— señaló prácticamente la extinción del Califato.

\* \* \*

Si siempre produce estremecimiento hablar entre muros sagrados, y éstos lo son tanto o más que cualesquiera otros del mundo, el repeluzno aumenta para quienes —aunque sea vaga y metafóricamente— creemos en «el alma de las cosas». Napoleón hablaba a sus soldados de que las Pirámides «los contemplaban» desde sus cuarenta siglos. Siempre se ha dicho que los monumentos «han sido testigos» de los acontecimientos acaecidos en ellos. Y «visión» y «testimonio» son cualidades humanas. Yo creo, en efecto, que estos muros y estas columnas son porosos y secretos archivos en los cuales han quedado misteriosamente grabados gritos, desgracias, gozos, elogios, pompas; una grandísima parte de la ciencia arábigoandaluza, que se hacía aquí mismo, en corros reunidos al pie de las columnas, y, sobre todo, millares de sermones y millones de preces milenarias, a lo largo de doce siglos.

Pero, aparte haber abusado de vuestra paciencia, estos «mudos testigos» venerables me invitan al silencio. He de volver a mi antro rocoso y salir de mi duermevela de Segismundo de vía estrecha. De mi vigilia me dará prueba el anillo de mis desposorios con vuestra famosa Universidad y los favores con

que habéis querido colarme y que una vez más os agradezco en el alma. De haber estado «pisando la dudosa luz del sueño» me quedará siempre la idea, a la vez increíble, fantasmal y cierta, de que un día —13 de mayo de 1983— pude, por un raro milagro y gracias a vosotros, hablar en las doblemente sagradas naves de la Mezquita de Córdoba.